

Atenas y Roma han producido grandes hombres, inspirados en la religion pagana: Sócrates, Platon, Aristóteles, Ciceron, Varro, Séneca, Plutarco, fueron paganos: ¿será menester serlo porque éstos lo fueron? ¡Y somos nosotros cristianos, porque antes de nosotros lo fueron los Padres de la Iglesia! Aquí no es dable el paralelo. Es un hecho muy natural y muy común que los filósofos se hayan declarado esterioresmente en favor de las supersticiones y los errores, en medio de los cuales se criaron, que hallaban autorizados por la práctica y por las leyes, que eran favorables á las pasiones de que los sábios, lejos de hallarse libres, eran mas bien esclavos; pero ¡qué grandes talentos, nacidos en el paganismo, á pesar de las preocupaciones de la infancia y de la educacion; á pesar del temor de las leyes, del destierro y de la muerte; y á pesar del interés de las pasiones y del atractivo de los placeres, se hayan hecho cristianos, esto es lo que admira! El que grandes talentos, llenos de luces y crítica, quedarán convencidos de la verdad de los hechos evangélicos; el que hayan perseverado en una religion que tantos enemigos tiene, y practicado las mas sublimes virtudes que aquella inspira, esto es lo que supone una profundísima convicción, efecto del mas detenido exámen. Para ser pagano, bastaba seguir sus inclinaciones; para ser cristiano, era preciso combatirlas. Hemos citado en favor de la religion hombres que creían en su doctrina hasta el punto de sacrificarlo todo por ella, y á la vez hemos demostrado que los filósofos no creían en el paganismo que aparentaban respetar.

No hay, pues, exageracion en sostener que los Santos Padres, por lo general, dice Mr. de Genoude, eran los hombres mas sábios de su tiempo, no solamente en las letras sagradas, en cuyo estudio ocuparon todos sus dias, sino tambien en las letras

profanas, en las cuales eran muy instruidos, para demostrar mejor á los paganos las locuras de sus diversos cultos, y á los filósofos lo absurdo de sus sistemas filosóficos. ¡Qué gran conocimiento de la mitología y de la historia de los pasados siglos, y qué riqueza de erudicion no vemos en San Clemente de Alejandria, en Orígenes, en Eusebio de Cesárea y en San Jerónimo! ¡Cuántos hechos históricos, cuántos personajes de la antigüedad, tanto poetas como historiadores y filósofos, nos serian desconocidos á no ser por los Santos Padres!

Si buscamos otra ciencia mas importante, ¿dónde la hallaremos mejor que en los doctores de esa verdadera filosofia, que, valiéndose de una exacta dialéctica, sube á los primeros principios, al conocimiento del verdadero bien y de la belleza para establecer, por medio de una série de consecuencias bien deducidas, las reglas de las costumbres y el arte de hacer á los hombres partidarios de la virtud, ilustrando su razon? ¿Quién ha escedido en esto á San Agustin? ¿Qué talento hay mas elevado, mas penetrante ni mas metódico? ¿Quién tiene ideas mas sublimes ó reflexiones mas ingeniosas? El que no admira á San Agustin, dice el abate Fleury, no le perjudica en nada, sino que se perjudica á sí mismo, mostrando que no tiene idea de la verdadera filosofia.

En los Padres griegos vemos esta misma filosofia, sólida y sublime: ábranse los libros de San Basilio, los discursos de San Gregorio Nacianceno acerca de la teología y los tratados de San Atanasio contra los Paganos y contra los Arrianos. ¡Qué fuerza, qué lógica, qué claridad en las pruebas no hallamos en estos doctores acerca de la divinidad y de la religion cristiana! ¡Qué monumento de razon es superior al libro de las *Prescripciones* de Tertuliano contra los hereges! Al refutar las here-

gias nacidas en su tiempo, ¿no refuta anticipadamente, por medio de las reglas que establece, todas las heregias que han de nacer en los siglos futuros?

Los protestantes no han omitido nada para desacreditar á los Padres de la Iglesia: lo cual se comprende perfectamente, porque hallan su condenacion en la constante doctrina de esos grandes hombres. Pero aun la verdad ha solido triunfar del espíritu de secta, arrancándoles preciosas confesiones: nada podriamos citar mas concluyente, en honor de los Santos Padres, que el brillante testimonio que les ha tributado un célebre escritor calvinista, que por mucho tiempo fué uno de los mas enfurecidos detractores de la tradicion de la Iglesia Católica. Nada mas terminante que el testimonio de un enemigo; es la voz de la conciencia que habla por cima y á pesar de las pasiones. Veámoslo.—«Sus escritos, dice Daillé, contienen lecciones de moral y de virtud muy capaces de inspirar los mayores y mas generosos esfuerzos. Contienen muchas cosas que sirven para confirmar los fundamentos del cristianismo y muchas observaciones utilísimas para entender la Sagrada Escritura y los misterios que esta enseña. La *unanimidad* de los Padres es por sí misma una prueba de la religion cristiana. ¿No es un fenómeno admirable que tantos grandes hombres, dotados de todos los talentos y de toda la capacidad posible, nacidos en diferentes climas, se hayan puesto de acuerdo durante muchos años, á pesar de la diversidad de sus costumbres, de sus inclinaciones y de su talento, en creer las pruebas del cristianismo, en tributar las mismas adoraciones á Jesucristo, en predicar las mismas virtudes, en recibir los mismos Evangelios y en descubrir los mismos misterios?... ¿No es verosímil que tantos hombres famosos por la grandeza

de su genio, por la estension y universalidad de sus conocimientos, cuyo mérito está incontestablemente probado por sus obras, hayan sido tan imbéciles para fundar su fé y sus esperanzas en la doctrina de Jesucristo, para sacrificarle sus intereses, su reposo y sus vidas, sin haber sentido evidentemente el poder de Dios? ¿Preferiremos á los sufragios unánimes de los Padres, las preveniciones y clamoreo de un puñado de ateos ó de incrédulos, que blasfeman lo que ignoran, y que no se hacen menos sospechosos por el desarreglo de sus costumbres que por la injusticia de sus declamaciones?» Nada podriamos añadir despues de esto.

Los Santos Padres, por otra parte, han consignado y desenvuelto en sus escritos las pruebas de la divinidad del cristianismo, en demostracion de lo cual hemos acumulado repetidas muestras en este libro, que suministran poderosas armas para rechazar los ataques de la incredulidad, y de las cuales se deduce, que los Santos Padres anticipadamente han respondido á todos los sofismas que la ignorancia ó la mala fé debia en adelante oponer á la religion. Por esto repetimos que deben ser mirados como los oráculos de la Iglesia, habiéndolos Jesucristo mismo ilustrado con sus luces.

Este Salvador omnipotente é infalible, dice respecto á este asunto M. Guillon, que prometió á su esposa *estar con ella todos los dias hasta la consumacion de los siglos*, los dió á su Iglesia para que fueran sus consejeros, y al mundo, para que fuesen sus oráculos y su luz. Dispersándolos por diferentes pueblos para combatir nuevos abusos y nuevos errores, no solamente quiso que alumbrasen á las naciones y á los siglos, sino que su doctrina, consignada en escritos eminentes, llegase á las razas futuras, y fuesen aun despues de su muerte los

apóstoles de todos los países y de todos los tiempos. Los llamamos *nuestros Padres* en la fé, porque sus escritos, llenos de la ciencia de la salud, se han derramado, añade San Agustín, como abundante rocío por el campo de la Iglesia, para hacer fructificar los gérmenes de vida que Jesucristo y sus primeros discípulos habian dejado para que alimentasen las almas con la purísima sustancia de la verdadera doctrina. Ellos son los que pusieron en la construcción del edificio sagrado los cimientos y ricas decoraciones con que se fortalece y se engalana esta Iglesia edificada por Jesucristo, que es *su piedra angular, y por medio de los Profetas y de los Apóstoles, que son sus inmortales fundamentos*. Tan brillantes imágenes acumula el obispo de Hipona para designar cuáles son los títulos á la veneración de los Padres.

Sus obras, unidas á la Escritura, consagradas por la sanción que la Iglesia las ha dado, añaden á la autoridad de la palabra divina inmediatamente emanada del Espíritu Santo, el peso de la inspiración que las ha producido, y la eficacia de una gracia que muy particularmente las distingue de todas las composiciones humanas. Sus escritos forman esa augusta cadena, cuya magestuosa unidad se ha mantenido inmutable en medio de los choques de las revoluciones, de los ataques del cisma y de la heregía, de las ruinas del tiempo, de las tinieblas de la ignorancia y de los estragos de las malas costumbres; ellos son los títulos de nuestra creencia, y en cada siglo se nos ofrecen ilustres testimonios de la fé contemporánea, é imprimiendo á nuestra doctrina el sello de la verdad, suben así hasta la fuente misma de la infalibilidad de Dios. Las obras de los Santos Padres, con relación á la ciencia, suministran preciosísimos documentos; son verdaderos archivos de

os siglos en que florecieron, y bajo el punto de vista histórico revelan los usos, las costumbres y el genio de los pueblos. Habiendo vivido en épocas de miseria y de confusión, parecen llamados por la Providencia para socorrer tan grandes males, y para impedir la ruina entera de la sociedad. Exhortando á los pueblos á la sumisión y á los príncipes á la dulzura, se muestran enemigos á la vez de la anarquía y del despotismo. El mundo puede por este medio comprender que la religión que anuncian es la única que dará á los Estados principios de justicia y de orden, de estabilidad y de verdadero progreso.

Como oradores; en fin, los Santos Padres merecen el más elevado aprecio. Probémoslo:

Si por sus efectos queremos juzgar del poder de la palabra cristiana, positivamente es una hermosa elocuencia la que ha salvado al mundo. Para que el cristianismo, dice M. Guillon, llevara á cabo su cometido, y venciera á la sinagoga, á la idolatría y á la falsa sabiduría del siglo, era indispensable abatirlo todo y aniquilarlo todo á su alrededor, empresa que ejecutó cuando los dioses del paganismo se hallaban sentados todavía en el mismo trono de los Césares. Esa Iglesia, considerada como estraña en el mundo, descende á una arena empapada con la sangre de los mártires, y pálida, trémula y arrastrando en pos de sí los fragmentos de las hogueras, cuyo débil resplandor la daba á conocer; y llevando todavía en su frente los rótulos que la condenaban á la infamia ó al suplicio, la vemos empeñar valerosamente el combate contra todo el universo, provocar á la vez á los judíos, á los paganos y á los filósofos, y devolver con tanta erudición como vigor y habilidad á sus más terribles adversarios sus propios argumentos. Mientras que con una mano socava hasta sus cimientos todos los altares de la

superstición y todas las escuelas de la sabiduría humana, con la otra levanta al solo Dios del universo un templo resplandeciente con el talento y con la gloria de sus predicadores.

Dos caracteres distinguen la elocuencia cristiana: una ternura penetrante denominada *uncion*, y una *fé* viva que se comunica y triunfa de todas las resistencias del alma. El orador sagrado no es un retórico que diserta para deslumbrar, sino un amigo que nos entretiene con la profunda sensación de nuestros mayores intereses, y cuya dicha consiste en asegurar nuestra suerte. Todo lo que dice conmueve el corazón, porque se desprende del suyo. Su voz tiene acentos que admiran y arrebatan, cierta gracia, cierta dulzura cuyo encanto celestial apenas puede comprenderse y no podría pintarse. ¿Qué es lo que casi siempre vemos en los oradores que la antigüedad nos encomia? El orgullo empeñado en vencer y en someter todas las inteligencias. En los Padres vemos siempre al hombre que se rebaja, que se humilla, que suplica y que ruega; ¿y en favor de quién? en favor de aquellos mismos á quienes se dirigen sus apremiantes súplicas, y contento con ser maltratado con tal que los salve. Nada semejante á esto se conocia antes del cristianismo.

Consideremos á esos doctores de una religion sublime. Dios es el centro de todas sus ideas y de todos sus sentimientos. Sumergidos en su inmensa luz y en su amor inmenso, su ardiente palabra es sin embargo tranquila, clara á la vez y fecunda, como inspirada por el Criador. Les son conocidos los secretos del tiempo y de la eternidad. Descubren el hombre al hombre, elevándolo hasta el seno del ser de quien dimanar todos los seres. Desenvuelven á su vista las leyes de la naturaleza, sus deberes y sus destinos, y le esplican lo que nunca

comprenderia él mismo, su grandeza y su pequeñez, las misteriosas contradicciones de su mente y de su corazón, la causa de sus males y su remedio.

¡Cuán pequeños son á su lado los filósofos! ¡Cuán estéril su sabiduría! ¡Cuánta distancia media entre los discípulos de Sócrates y de Zenon y los de Jesucristo! Separándose los primeros de la tradicion general y apoyados en su única razon, negaron sucesivamente todas las verdades: mudando á cada paso de doctrina, combatiéndose unos á otros en medio de las tinieblas, vacilantes siempre y siempre destructores, después de haber conmovido el mundo moral con sus fatales opiniones, hubieran consumado su ruina, si Dios mismo no hubiese venido á volverlo á colocar sobre su base. Los segundos, por el contrario, unidos por la misma fé, enseñan de siglo en siglo una doctrina inmutable. No les pertenece, es de todos los hombres; no la han inventado, sino que la han recibido como sagrado depósito; y al tratar las mas elevadas cuestiones de Dios y de su naturaleza, del hombre y de sus deberes, de las leyes universales, del orden del mundo presente y del mundo futuro, parece que únicamente tienen una sola idea, segun es la perfecta concordancia que entre ellos reina. Esto consiste en que todos se hallaban instruidos por un mismo espíritu; espíritu divino que en determinados momentos debia llenar y renovar la tierra.

¿Qué hay mas maravilloso que esa unidad de enseñanza y de fé conservada casi durante veinte siglos en la inmensa sociedad católica? Nunca pudieron los filósofos ponerse en armonía sobre ningun punto, cada cual de ellos tuvo su sistema, sus opiniones y sus creencias; y he aquí que en medio de esta espantosa confusion se establece una doctrina uniforme é invariable, á la que nada altera ni modifica, ni los siglos con su

trascuro, ni la ciencia, ni la ignorancia, ni la diversidad de lenguas, de leyes y de costumbres.

La elocuencia de los Santos Padres, dice tambien oportunamente M. Chateaubriand, tiene algo imponente, fuerte, real, por decirlo así, y cuya autoridad nos subyuga y nos confunde. Sentimos que su mision viene de alto y que enseñan por orden espresa del Omnipotente. Sin embargo, en medio de estas inspiraciones su carácter conserva la calma y la magestad.

Esta elocuencia es mucho mas admirable porque contrasta con la destruccion de todas lo demás.

En medio del mas vergonzoso abatimiento de las inteligencias y de los ánimos; en un imperio gobernado por eunucos é invadido por los bárbaros, un Atanasio, un Crisóstomo, un Ambrosio y un Agustin, hacen oír la mas pura moral y la mas elevada elocuencia. Su genio solo permanece en pié en la decadencia del imperio y se asemejan á esos grandes torreones que se conservan en medio de las ruinas.

Inútilmente buscamos á quien compararlos en el desierto dominio del politeismo, y vemos que hay distancia de San Basilio ó de San Juan Crisóstomo á Liviano, y de San Ambrosio á Simmaco.

El dominio de la heregía es aun mas estéril que el del politeismo.

Disimulemos, pues, dice Laurentie, á Tertuliano alguna metáfora dura, á San Cipriano algun periodo ampuloso, á San Ambrosio algun paraje oscuro y á San Agustin alguna antítesis sutil y rimada; defectos son que pertenecen á la decadencia universal, y á su lado brillan los mas hermosos rasgos de elocuencia y las mas admirables obras del talento. Esto consiste en que los mismos hombres á quienes la general influencia de un

gusto adulterado indujo á extravíos que estraña nuestra cultivada razon, conservaron no obstante en su ánimo esa viva inspiracion de la verdad, ese ardor por derramarla y ese celo de las virtudes cristianas, que comunican al lenguaje un tinte divino, mas fecundo aun que todas las sábias combinaciones de un ingenio habituado á los estudios profanos y á la delicadeza de un gusto sencillamente adornado.

Seria juzgar como un pobre gramático el examinar á los Padres únicamente por su lenguaje y por su estilo: quizá de intento caian en las faltas que les han censurado. Aquellos grandes hombres que tenian miras mas elevadas que las reglas comunes de la elocuencia, acomodábanse al gusto de su época, para hacer oír con júbilo la palabra de Dios y para esplicar las verdades religiosas.

Concluyamos, pues, diciendo con M. Guillon: los Santos Padres son para el sacerdote *maestros* en el arte de la elocuencia, y deben ser sus principales *modelos*. Son para el predicador lo que Ciceron, Horacio, Quintiliano y todos los escritores quieren que Homero y Demóstenes sean para los que pretenden conocer la poesia y la elocuencia profana.

Jóvenes que ardeis en noble entusiasmo por servir la causa de Dios y conquistar almas para Jesucristo, empleando las felices facultades que habeis recibido para el ministerio de la divina palabra, despues del Espíritu Santo, el primero de vuestros maestros y el único verdaderamente eficaz, yo os ruego que tengais por vuestros oráculos, vuestros legisladores y vuestros principales guias á los Santos Padres:

....*Et vos exemplaria græca*

Nocturná versate manu, versate diurna.

Sean sus escritos vuestro estudio, vuestra meditacion habitual; bebed en ellos la inspiracion y acomodad á ellos vuestros discursos. Solamente los Santos Padres podrán descubriros los secretos del arte de la palabra, y os abrirán los tesoros de la ciencia y del lenguaje, en cuanto al difiçil ministerio que pensais aceptar, primero para gloria de Dios, despues para bien de la humanidad, y en último término para edificacion de vuestras almas y santificacion de vuestras costumbres.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

	<u>Págs.</u>
Censura y autorizacion eclesiástica.	vii
Dedicatoria.—Prólogo.	vii
Introduccion.—Ideas fundamentales.	
I.	
La palabra.....	xix
Cuestiones acerca de su origen.....	xxi
Etnografia.....	xxvi
Idioma primitivo.....	xxviii
La palabra como espresion del pensamiento humano y como arte; aspecto bajo el cual vá á ser objeto de estos estudios.....	xxx
II.	
CAPITULO II.	
La Elocuencia: diversas acepciones de esta palabra: la naturaleza y el arte: su combinacion.....	xxxii
Nacimiento del arte oratorió: ojeada retrospectiva: la elocuencia en los pueblos antiguos: causas de su gran desarrollo en Grecia y Roma.....	xxxvii
III.	
Educacion oratoria: objeto principal de la educacion oratoria.	31